

de obras que quisieran servir de entramado teórico a la disputa que provocaron las famosas realizaciones de Le Corbusier, Emil Steffan, Matisse, Novarina, etc. Con esfuerzo, y dentro de algún tiempo, será posible estudiar con la debida libertad de perspectiva el modo de armonizar en el Arte religioso las tendencias populares y las exigencias más exquisitas de las personas mejor formadas. Tarea nada fácil, pues si bien es cierto que el Arte religioso debe adaptarse, en cierto grado, al temperamento de los diferentes pueblos, no lo es menos que las creaciones artísticas, a su vez, modelan la sensibilidad de las gentes. Lo difícil es determinar en un momento dado qué aspectos de la sensibilidad artística popular se deben a un sentimiento auténticamente humano y, por tanto, valioso, y cuáles son fruto de una degeneración. Por otra parte, debemos distinguir cuidadosamente las formas de piedad litúrgica y las formas de piedad popular (cuya complementaridad tuvo Guardini singular empeño en mostrar), y adaptar a las mismas las formas artísticas. Hay, de hecho, iglesias perfectamente adaptadas a la práctica de la llamada Misa comunitaria, pero poco aptas para acoger las formas de devoción privada, que exigen más soledad, o al menos una forma distinta de recogimiento.

Por lo que toca a la máxima sobriedad en la construcción de espacios sacros que propugna el autor, y que cuenta con toda mi simpatía personal, es de notar que si hay personas a quienes atrae hacia

Dios la severidad ascética, también abundan las que prefieren rodear lo santo de decoro lujoso, práctica a la que no faltan apoyos históricos de gran solidez.

Estas sencillas indicaciones sólo quisieran ser una invitación al estudio "integral" de estos temas que hoy nos apasionan a todos.

No es éste lugar para adentrarse en el estudio detenido de la tesis sostenida por el autor. Sólo nos limitaremos a indicar que hay en la obra multitud de sugerencias valiosas, una voluntad firme de rigor y autenticidad, y potencia intelectual para abordar los temas con radicalidad. Lo necesario para colaborar eficientemente en el diálogo que está abierto acerca del Arte religioso.

(Entre paréntesis quisiera apuntar que la apostilla que figura en la pág. 143 acerca de la falta de protección oficial a la nueva corriente de arte joven difícilmente será aceptada por gran parte de los lectores). — P. Alfonso López Quintás.

MIGUEL DELIBES: *Las ratas*. Colección Ancora y Delfín, 1962.

Fiel a su sistema de alternar —yo creo que premeditadamente— una obra larga con otra más apretada, y a la inversa, Miguel Delibes nos ofrece ahora su novela "Las ratas", que apenas sobrepasa las ciento cincuenta páginas. Quiere decirse que "Las ratas" está, por sus características y dimensiones, en la línea de "El camino" y "Diario de un cazador", máximos aciertos, para muchos, de este novelista. Y con

MD

relación a dichas obras anteriores hemos de juzgar, más o menos, la que ahora nos ocupa.

Más seca de anécdota que "El camino", más honda de intención que "Diario de un cazador", "Las ratas" es la novela del pueblo castellano, del pueblo pobre y solo, escrita con lenguaje corto y eficaz, preciso y muy personal. Si en el "Diario" había todo un argot cinegético enriqueciendo la prosa, en "Las ratas" es la terminología agrícola, rural, lo que llena el relato de variadas calidades, de sobria plasticidad. Recurre, pues, nuevamente M. D. a un apartado específico, a una provincia del idioma, diríamos, para dentro de ella desarrollar una historia que recibe así del lenguaje mismo su temperatura más propicia. Supremo recurso de escritor que Delibes ejerce muy naturalmente, sin actitudes de lingüista, sin pose de filólogo.

"Las ratas" es más dramático que los otros dos libros rurales de M. D. En "Las ratas" sigue teniendo predominio lo anecdótico, pero se trata ahora de anécdotas estremeceadoras casi todas ellas, incluso el delicioso episodio disneano del zorrito, que también se resuelve dramáticamente. Con él se alternan otros sarcásticos e incluso crueles, y alguno raramente apacible, legendario, beatífico y primitivo, como el de la matanza.

El Nini, protagonista de la novela, es un trasunto de niño evangélico. Un niño sabio y sereno, milagroso al modo de los sencillos milagros que hace cada día la naturaleza. El Nini quedará —a nuestro juicio— como un hallazgo poéti-

co y novelístico con carácter definitivo. Pero no es la invención de unos personajes y unas anécdotas lo que da su última justificación a "Las ratas", sino el prodigioso retrato en profundidad que aquí se consigue de un olvidado rincón castellano en su actualísima y dramática inactualidad, con el conflicto social minimizado y agudísimo, no sólo evidente en la motivación novelística de los cazadores y gustadores de ratas de río, sino también —y quizá más— en el entorno y la circunstancia de los rateros. Alguna vez hemos escrito de este novelista que su actitud es independiente —no indiferente— respecto de la problemática del momento. Con "Las ratas", M. D. da un paso hacia dentro en el complicado terreno de lo conflictivo, pero sigue siendo un ejemplo de cómo lo social puede tocarse con voluntad de testimonio y acompañando en el sentimiento. Sin mirar al tendido ni brindar la faena a la galería. A ciertos tendidos y ciertas galerías por los que tanto se privan otros.

Entre la producción de nuestro novelista, "Las ratas" representa una superación muy importante, un ejercicio de síntesis novelística e intencional que sin duda se resuelve en impacto literario y extraliterario. Miguel Delibes, mejor escritor que nunca, renuncia en parte a su virtud poética y cordial para decir una palabra urgente, dramática, dolorosa. Sólo quien ha cuidado mucho el tono, como él, puede hoy llevar lo literario a sus últimas consecuencias vitales y darnos un mensaje social sin resabios ni latiguillos.—F. Umbral.